

Hé aquí el diálogo que oyó Enjolras:  
 —Seis doble.  
 —Cuatro.  
 —Diablo! No tengo.  
 —Pues estás muerto. Dos.  
 —Seis.  
 —Tres.  
 —Un as.  
 —Me toca poner.  
 —Cuatro puntos.  
 —Difícilmente.  
 —Ahora tú.  
 —He cometido una falta enorme.  
 —Vas bien.  
 —Quince.  
 —Siete más.  
 —Que suman con éstos veintidos.  
 —No esperabas el seis doble? Ya lo creo. Si le hubiera jugado al principio, habría cambiado de juego y hubiera perdido la partida.  
 —Dos otra vez.  
 —As.  
 —As? Pues bien; cinco.  
 —No tengo.  
 —No tienes, eh? Pues buena te espera.  
 —Allá veremos.  
 —Creo que has jugado tú?...  
 —Sí.  
 —Blanca.  
 —Tienes suerte! Tienes mucha suerte! (Momento de pausa.)—Un dos.  
 —Un as.  
 —Ni cinco ni as. Eso sí que es bueno para tí.  
 —Dominó.  
 —Vete al diablo!

## LIBRO SEGUNDO.

### Eponina.

#### I.

El Campo de la Alondra.

Mario presenció el inesperado desenlace de la emboscada que delató á Javert. En cuanto éste salió de la casucha, conduciendo á los bandidos presos en coches de alquiler, Mario salió también de su domicilio. Eran las nueve de la noche y se dirigió á casa de Courfeyrac.

Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del barrio Latino; por "razones políticas," se había mudado á la

calle de la Vidriería; este barrio era entonces el centro de la revolución que se estaba fraguando.

Mario le dijo á Courfeyrac:  
 —Vengo á dormir á tu casa.

Courfeyrac tomó uno de los dos colchones que tenía en su cama, lo extendió en tierra y le contestó:

—Duerme ahí.

A las siete de la mañana del día siguiente Mario volvió á su casa, pagó el alquiler y lo que debía á la tia Bougon, hizo cargar en un carretón de mano sus libros, la mesa, la cómoda y las sillas y se fué sin dejar las señas de su nueva habitación. Cuando Javert volvió por la mañana á preguntar á Mario sobre los sucesos de la víspera, solo encontró en la casucha á la tia Bougon, que le respondió:

—Se ha mudado!

Esta mudanza repentina hizo creer á la tia Bougon que Mario debía ser cómplice de los ladrones prendidos, y exclamó:

—Quién lo había de decir! ¡Un joven que tenía el aire de una niña!...

Dos eran los motivos que hicieron mudar de casa á Mario. El primero por inspirarle horror aquella guarida en la que vió tan cerca en todo su desarrollo lo repugnante y lo feroz, fealdad más horrible que la del rico malvado, la del pobre perverso. El segundo motivo era que no quería figurar en el proceso que se estaría formando para no verse obligado á declarar contra Thenardier.

Javert creyó que el joven cuyo nombre no recordaba tendría miedo y se habría fugado; hizo esfuerzos para encontrarle, pero no lo consiguió.

Pasó un mes y despues otro.

Mario seguía viviendo en casa de Courfeyrac. Supo por un pasante de abogado, visitante habitual de los corredores de la Audiencia, que Thenardier estaba incomunicado y que todos los lunes el alcaide de la cárcel de la Fuerza daba cinco francos para Thenardier.

Mario, que se quedó sin dinero, pedía prestados los cinco francos á Courfeyrac, siendo ésta la vez primera que pedía que le prestasen. Los susodichos cinco francos constituían un doble enigma para Courfeyrac que los daba y para Thenardier que los recibía.

—Para quién serán? pensaba Courfeyrac.

—De dónde pueden venir? se preguntaba Thenardier.

Mario vivía desconsolado. Para él toda

la felicidad había vuelto á desaparecer por escotillon. Su vida se sumergía en la oscuridad del misterio. En ella vió un momento y muy de cerca á la joven que adoraba, al viejo que parecía su padre, á esos dos seres desconocidos en los que cifraba su único interés y su única esperanza en el mundo, y en el momento en que creía que iba á unirse á ellos, el soplo de la adversidad desvaneció sus dos sombras. Ni una sola chispa de certidumbre ni de verdad brotó para él de tan terrible choque. No pudo encontrar coyuntura alguna posible. Hasta ignoraba el nombre que se figuraba saber. Ella no se llamaba Ursula y la Alondra era un apodo. No sabía qué pensar de aquel anciano. Huía en efecto de la policía? El obrero de cabello blanco que encontró en las cercanías de los Inválidos se le presentó en la imaginación. Antes dudaba que fuese el señor Blanco, pero ahora casi se convencía de que era él. Por qué, pues, se disfrazaba? Veía en ese anciano rasgos heróicos y rasgos equívocos. ¿Por qué no gritó para pedir socorro? por qué huyó despues? ¿Sería verdaderamente padre de su desconocida? ¿Era realmente el hombre que conocía Thenardier? ¿No podía éste equivocarse?

Estas preguntas eran problemas sin solución para Mario, pero que no por eso disminuían el encanto angelical de la joven del Luxemburgo. Por su desgracia, Mario sentía encenderse la pasión en el pecho y sus ojos erraban en la oscuridad. Se sentía impulsado y atraído y no podía moverse; todo se desvanecía ante él, excepto el amor, y hasta el amor mismo había perdido para él los instintos y las iluminaciones súbitas. Ordinariamente esa llama nos abrasa, pero nos alumbraba un poco y presta exteriormente alguna claridad útil; pero Mario no podía ya oír los sordos consejos de la pasión. No se podía decir: Si yo fuese allí! Si hiciese tal ó cual cosa!...

Su desconocida sabe Dios dónde estaba, pero nada le indicaba á Mario dónde podía buscarla. Su existencia se condensaba en una incertidumbre absoluta, en una bruma impenetrable. Aspirando siempre á verla, perdía la esperanza de conseguirlo.

Para colmar su desgracia volvía á visitarle la miseria; sentía ya por detrás y muy cerca su soplo glacial. Durante las anteriores peripecias y angustias dejó de trabajar, y es muy peligrosa la interrupción del trabajo, porque es una cos-

tumbre que se pierde, costumbre fácil de perder y difícil de volver á adquirir.

Cierta cantidad de meditación fantástica es buena como un narcótico tomado en discretas dosis; adormece la fiebre, algunas veces dolorosa, de la inteligencia que trabaja y dá origen en el espíritu á un vapor suave y fresco, que corrige los contornos demasiado ásperos del pensamiento puro, llena aquí y allá lagunas é intervalos y sombrea los ángulos de las ideas; pero mucha cantidad de estos sueños fantásticos sumerge y ahoga. ¡Desgraciado del obrero del pensamiento que se deja caer completamente desde el pensamiento á este ensueño! Cree que volverá á subir con facilidad y se dice á sí mismo que al fin y al cabo es lo mismo pensar que soñar. Error!

El pensamiento es el trabajo de la inteligencia y la meditación fantástica es la voluptuosidad; reemplazar aquel por ésta es confundir un veneno con un alimento.

Recuérdese que Mario empezó por ahí; luego se le echó encima la pasión, que acabó por precipitarle en quimeras sin objeto y sin fondo; solo salía de casa para soñar; costumbre perezosa, abismo tenebroso y encubierto. A medida que disminuía su trabajo crecían sus necesidades. Esto es una ley. El hombre, en el estado de meditación, es naturalmente perezoso y pródigo; el espíritu espaciado no puede tener vida concreta. En este modo de vivir se mezclan el bien y el mal; porque si la molición es funesta, la generosidad es buena y sana; pero el hombre pobre, generoso y noble, que no trabaja, está perdido; agota sus recursos y aumenta sus necesidades.

Es esa una pendiente fatal que arrastra á los hombres honrados y firmes lo mismo que á los débiles y á los viciosos, hasta hacerlos caer en uno de estos dos abismos: el del suicidio ó el del crimen. A fuerza de salir de casa para meditar, llega un día en que se sale para tirarse al agua.

El exceso de meditación crea los Escousse y los Lebrás.

Mario bajaba por esa pendiente con lentitud, con los ojos fijos en la persona que ya no podía ver. Parecerá extraño lo que acabamos de decir y, sin embargo, es verdadero. El recuerdo del sér ausente se ilumina en las tinieblas del corazón, y cuanto más desaparece más brilla, y el alma desesperada en la oscuridad vé esta luz en su horizonte como si fuese una estrella de su noche interior. El pensa-

miento de Mario se concentraba en *ella*, únicamente en *ella*, y apenas notaba que su levita vieja estaba inservible y la nueva se le hacía vieja, que sus camisas se gastaban, lo mismo que el sombrero y las botas, es decir, que se gastaba su vida, y, sin embargo, decía: "¡Si pudiera verla antes de morir!..."

Solo conservaba la grata idea de que *ella* le correspondía; se lo dijeron sus miradas: aunque *ella* no conocía su nombre, conocía su alma, y tal vez en el sitio misterioso en que se encontrase seguiría correspondiéndole.

A veces en esas horas inexplicables que pasa todo corazón que ama, teniendo solo dolorosas razones, sintiendo, esto no obstante, desconocido temblor de alegría, exclamaba: "Estos son sus pensamientos que vienen hasta á mí." Y añadía después: "Mis pensamientos llegarán quizás hasta ella del mismo modo."

Esta ilusión, que en Mario se desvanecía pronto, lograba infundir en su alma rayos de luz, que alguna vez se asemejaban á la esperanza. De vez en cuando, en las horas de la noche que más entristecen á los pensadores fantásticos, escribía en un cuaderno lo más puro, lo más personal, lo más ideal de los sueños con que el amor llenaba su cerebro, llamando á esto "escribirla."

No por esto se crea que su razón estaba desordenada: aunque había perdido la facultad de trabajar y de moverse con firmeza hacía un fin determinado, tenía más perspicacia y rectitud que nunca. Veía con claridad tranquila y real, aunque extraña, lo que pasaba á su vista, hasta los hechos y los hombres más indiferentes; lo juzgaba todo con rectitud en su abatimiento noble y desinteresadamente cándido. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenía elevado y se cernía.

En la situación en que se hallaba su espíritu, nada se le escapaba ni le engañaba, y descubría á cada instante el fondo de la vida de la humanidad y del destino. ¡Dichoso en medio de su dolor es el sér á quien Dios dotó de alma digna del amor y de la desgracia! El que no ha visto con esta doble luz las cosas del mundo y del corazón de los hombres, no ha visto nada verdadero ni sabe nada.

El alma que ama y padece se encuentra en un estado sublime.

Mario pasaba así los días, que no le ofrecían ninguna novedad; pero le parecía que el espacio sombrío que debía

atravesar se reducía á cada instante y creía entrever ya con claridad el borde del precipicio sin fondo.

—No volveré á verla? se preguntaba muchas veces.

Subiendo por la calle de Santiago, dejando á un lado la barrera, siguiendo un poco hácia la izquierda el antiguo boulevard interior, se llega á la calle de la Salud, después á la de la Glaciere, y un poco antes del arroyo de los Gobelinos se encuentra una esplanada, que en toda la ronda larga y monótona de las tapias de París es el único sitio donde el pintor Ruydael se atrevía á sentarse.

No se sabe de dónde se desprende la gracia de aquel sitio, que se compone de un prado verde, que atraviesan cuerdas tendidas, en las que cuelgan y se secan algunos pingajos; de una casa de hortelano, edificada en la época de Luis XIII, con su gran empizarrado interpolado de buhardillas, con empalizadas arruinadas, con un hilo de agua que corre entre algunos álamos. En dicho paisaje se vé en el horizonte el Panteon, el árbol de los Sordo-Mudos, el Val-de-Grace, y en el fondo el severo cuadrado de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de verse, nadie lo visita. Apenas lo atraviesa cada cuarto de hora una carreta ó un trajinero.

Uno de los días en que Mario en sus paseos solitarios se encaminó á aquel sitio, al llegar cerca del arroyo se encontró con la novedad de que en el boulevard vió un transeunte. Como Mario era apasionado del atractivo casi salvaje de aquel lugar, le preguntó al transeunte:

—Cómo se llama este sitio?

—El Campo de la Alondra, le respondió aquel, añadiendo:

—Aquí fué donde Ulbalk mató á la pastora de Ivry.

Después que oyó Mario la palabra Alondra ya no oyó nada más. En los soñadores una sola palabra produce congelaciones súbitas, y todo su pensamiento se condensa bruscamente alrededor de una idea, no siendo ya capaz de ninguna otra percepción. La Alondra era el nombre con que Mario había reemplazado al de Ursula.

—Calla! exclamó con estupor irracional, propio de esos apartes misteriosos; este es su campo. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible para él. Desde entonces se fué á pasear todos los días al Campo de la Alondra.

## II.

Formación embrionaria de los crímenes en la incubación de las cárceles.

El triunfo de Javert en la casucha Gorbeau pareció completo, pero no lo fué.

Desde luego causaba su principal inquietud no haber preso al preso. Cuando se evade el que vá á ser asesinado, es más sospechoso que el asesino. Era probable que el personaje desconocido, que era preciosa captura para los bandidos, fuese también excelente presa para la autoridad.

Además, se escapó Montparnasse de las garras de Javert, y éste tuvo que esperar otra ocasión para apoderarse del endiablado currutaco. Montparnasse encontró á Eponina acechando escondida entre los árboles del boulevard y se fué con ella, prefiriendo ser Nemorino con la hija á ser Schinderhannes con el padre; haciendo esto quedaba libre. Pero á Eponina, Javert la hizo "trincar", y le sirvió de consuelo enviarla á hacer compañía á Azelma en las Magdalenas.

En el trayecto de la casucha Gorbeau á la cárcel de la Fuerza desapareció uno de los principales presos: Suenadinerero. No se pudieron explicar cómo esto había sucedido los agentes y los polizontes; el susodicho bandido se convirtió sin duda en humo y se escapó por las grietas del carruaje, que estaba roto, y se desvaneció. No pudieron decir otra cosa al llegar á la cárcel y al ver que Suenadinerero había desaparecido. Javert quedó más irritado que asombrado de este accidente. Para él Mario era un abogadillo que se asustó, y no daba importancia á su desaparición; pensando, además, que un abogado no es difícil de encontrar.

Había empezado la sumaria. El juez que la instruía creyó conveniente no poner comunicado á uno de los hombres de la cuadrilla Patron-Minette, por si le arrancaba alguna confesión, y escogió para eso á Brujon, el cabelludo de la calle del Petit-Banquier. Lo dejaron suelto en el patio de Carlo-Magno, pero teniendo siempre encima la vista de los vigilantes.

El apelativo Brujon es uno de los recuerdos de la cárcel de la Fuerza. En el patio repugnante que llama el vulgo el Edificio Nuevo, la Administración el Patio de San Bernardo y los ladrones la Cueva de los Leones, en una pared que

subía por la izquierda hasta el techo, cerca de una puerta de hierro, enmohecida ya y convertida en dormitorio de bandidos, se veía aun, hace doce años, un castillo groseramente esculpido con un clavo en la piedra, con esta firma debajo de él:

BRUJON, 1811.

El Brujon de 1811 era padre del Brujon de 1832. Este, que apenas pudimos entrever en la emboscada de la casucha Gorbeau, era un mocetón astuto y listo, pero de aspecto encogido y lastimoso; por eso le escogió el juez, creyéndole más útil en el patio de Carlo-Magno que incomunicado en el calabozo.

Los ladrones no interrumpen el ejercicio de su profesión aunque estén en manos de la justicia. Estar presos por un crimen no les impide comenzar otro; son como los artistas que tienen un cuadro en la Exposición y se dedican en el taller á empezar otra obra.

Brujon aparentaba estar asombrado de que le hubiesen metido en la cárcel. Estaba muchas veces horas enteras en el patio de Carlo-Magno, de pie, cerca del tragaluz del cantinero, contemplando como un idiota la lista de los precios de la cantina; ó pasaba el tiempo temblando, chocando los dientes, diciendo que tenía calentura y preguntando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas de la sala de los calenturientos.

Hacia la segunda quincena de Febrero de 1832 se supo que el atontado Brujon hizo desempeñar á los mozos de la cárcel, no en su nombre, sino en el de tres camaradas suyos, tres comisiones diferentes, que le costaron dos francos y medio, gasto exorbitante que llamó la atención del inspector de la cárcel.

Hechas las informaciones, después de consultar la tarifa de los recados clavada en la pared de la sala de los detenidos, se llegó á saber que dichos dos francos y medio se descomponían del modo siguiente: un recado al Panteon, dos reales; otro á Val-de-Grace, tres reales, y otro al portillo de Grenelle, cinco. Este último era el más caro de la tarifa.

Precisamente en el Panteon, en Val-de-Grace y en el portillo de Grenelle vivían los tres rateros más temibles de la ronda; Kruideniers, el Bizarro y Paracoches; por este incidente fueron espiados por la policía.

Creyóse adivinar que estos hombres estaban afiliados á la banda de Patron-Minette, de la que estaban presos ya dos

de sus jefes, Babet y Traga-mar. Supusieron que los recados que envió Brujon, no á las casas, sino á personas que los esperaban en la calle, debian ser avisos para cometer algun crimen. Como ya tenian otros indicios, pusieron á la sombra á dichos tres rateros y creyeron de esta manera haber destruido la maquina de Brujon, cualquiera que ésta fuese.

Una semana despues de tomar estas medidas, una noche, un vigilante de la ronda que recorria el dormitorio inferior del Edificio Nuevo, al ir á echar en el buzón de contraseñas su contraseña, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar cumple el servicio con exactitud, vió por la rejilla del dormitorio á Brujon sentado y escribiendo en la cama á la luz de la lámpara. El inspector entró, metió á Brujon un mes en el calabozo, pero no le pudo coger lo que habia escrito. La policia no supo nada.

Al dia siguiente tiraron un *postillon* desde el patio de Carlo-Magno á la Cueva de los Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios. Los presos llaman *postillon* á una bola de pan artísticamente amasada, que envian á Irlanda, es decir, por encima de los tejados de una cárcel, de un patio á otro. Cuando cae la bola en el patio, el que la recoge la abre y encuentra dentro de ella un billete dirigido á alguno de los presos de allí. Si la coge el preso le dá su destino; si es un carcelero ó uno de los presos que se venden en secreto y que en las cárceles se llaman "borregos," y "zorros," en los presidios, el billete vá al alcaide y luego á la policia.

Esta vez el billete llegó á su destino, aunque en aquel instante el que debia recibirle estaba en el apartado: era nada menos que Babet, uno de los cuatro jefes de Patron-Minette.

El *postillon* encerraba un papel rollado que tenia escritas estas dos líneas:

—"Babet. Se puede dar un golpe en la calle Plumet. Una verja en un jardin."

Aquello era lo que Brujon habia escrito la noche anterior.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medios para hacer llegar el billete desde la cárcel de la Fuerza á la Salpetriere hasta una "buena amiga," que allí tenia encerrada. Esta transmitió el billete á otra compañera suya, llamada Magnon, que vigilaba

la policia, pero que no estaba presa. Dicha Magnon, cuyo nombre ya conoce el lector, tenia relaciones con los Thenardier, como explicaremos más adelante, y podia servir de puente entre la Salpetriere y las Magdalenas, yendo á ver á Eponina.

Precisamente en aquel momento, por no resultar nada contra las hijas de Thenardier por falta de pruebas en la sumaria formada á aquel, pusieron en libertad á Eponina y á Azelma. Cuando Eponina salió del encierro, la Magnon la esperaba á la puerta de las Magdalenas y la entregó el billete que Brujon escribió á Babet, encargándola que *diese á luz* el negocio.

Eponina fué á la calle Plumet, reconoció la verja y el jardin, observó la casa, espío, acechó, y pocos dias despues llevó á Magnon un bizcocho, que ésta transmitió á la querida de Babet en la Salpetriere. Un bizcocho, en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: *No hay nada que hacer*.

Tan bien les salió el plan, que una semana despues Babet y Brujon, al encontrarse en el camino de la Ronda de la cárcel de la Fuerza, yendo uno "á la instruccion," y volviendo el otro de ella, preguntó Brujon:

—Y la calle P.?

—Bizcocho, le respondió Babet.

Así abortó el feto de este crimen que engendró Brujon en la cárcel. Dicho aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente extrañas al programa de Brujon, como se verá más adelante.

A veces se cree anudar un hilo y se anuda otro.

### III.

#### Aparicion al señor Babeuf.

Mario no visitaba á nadie, pero algunas veces encontraba al señor Babeuf.

Mientras Mario descendia con gravedad por los lúgubres peldaños que podria decirse forman la escalera de la cueva y de los lugares sin luz, desde los que se oye que los dichosos marchan por encima, el señor Babeuf los bajaba de otra manera.

La *Flora de Causerets* no se vendia ya absolutamente. Sus experimentos sobre el añil no le dieron resultado en su reducido jardin de Austerlitz, que estaba mal situado y en el que solo podia cultivar

plantas raras, que necesitan humedad y sombra. Pero el señor Babeuf no se desanimaba por eso. Consiguió disponer de un rincon de tierra en el Jardin Botánico, bien situado, para hacer á sus costas ensayos sobre el añil, por lo que tuvo que empeñar las láminas de su *Flora* en el Monte de Piedad.

Redujo su almuerzo á dos huevos, dando uno á la criada vieja, á la que no habia pagado el salario en quince meses, y muchos dias el almuerzo le servia de comida.

Se habia borrado ya en su rostro la risa infantil, se hizo huraño y no recibia visitas. Mario hacia bien en no ir á verle. Algunas veces, á la hora de ir Babeuf al Jardin Botánico, se encontraban el joven y el viejo en el boulevard del Hospital; pero no se hablaban; se saludaban con la cabeza tristemente. Es doloroso que llegue un momento en que la miseria separe á los amigos. El librero Royol habia muerto ya. El señor Babeuf estaba exclusivamente entregado á sus libros, á su jardin y á su añil; estas eran las tres formas que tenian para él la felicidad, el placer y la esperanza; le bastaban para vivir, y se decia:—"Cuando saque las balitas azules seré rico; libraré las láminas del Monte de Piedad; con mi charlatanismo haré de moda mi *Flora*; pondré anuncios en los periódicos y compraré, sé ya de dónde, un ejemplar del *Arte de navegar*, de Pedro Medina, con grabados en madera, edicion de 1559."

Entre tanto trabajaba todo el dia en su sembrado de añil y por la noche volvia á su casa á regar el jardin y á leer.

El señor Babeuf tenia entonces cerca de ochenta años.

Una noche tuvo una aparicion singular.

Volvió á casa antes del anochecer. La tia Plutarco, de salud ya muy quebrantada, estaba enferma y acostada. El señor Babeuf habia comido un poco de carne, que quedó sin roer de un hueso, y un pedazo de pan que encontró en la mesa de la cocina, y se sentó en un guardacanton tumbado, que le servia de banco en el jardin.

Cerca del banco habia, como era costumbre en los antiguos huertos, una especie de cajon alto, formado de vigas y de tablas estropeadas, que le servia de jaula de conejos por la parte inferior y de frutero por la superior. No tenia conejos en la jaula, pero conservaba aun algunas manzanas en el frutero, que eran los restos de su provision de invierno.

El señor Babeuf hojeaba y leia, con el auxilio de los anteojos, dos libros que le gustaban en extremo y que le tenian pensativo. Su natural timidez le hacia á propósito para aceptar ciertas supersticiones. Uno de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancré, titulado *De la inconstancia de los demonios*, y el otro era la obra de Mutor de la Rubandiere, *Sobre los diablos de Vauverd y los gobelinos de la Bievre*. El último de estos libros le interesaba más, porque su jardin fué uno de los sitios que antiguamente frecuentaban los gobelinos.

El crepúsculo empezaba á blanquear los objetos que están altos y á ennegrecer los que están bajos.

Al mismo tiempo que leia el señor Babeuf, por encima del libro contemplaba sus plantas, y entre ellas un rododendro magnífico, que era uno de sus entusiasmos. El bochorno que reinó en los cuatro dias últimos, de viento y de sol, sin caer una gota de lluvia, hizo encorvar los tallos, inclinar los botones y caer las hojas. Era preciso regar el rododendro, porque estaba muy triste. El señor Babeuf era de los que creen que las plantas tienen alma.

El anciano, que trabajó todo el dia en el sembrado del añil, estaba rendido de cansancio; pero sin embargo, dejó los libros en el banco, se levantó y, encorvado y vacilante, se dirigió al pozo; pero cuando cogió la sogá no pudo ni aun tirar para desengancharla. Entonces se volvió al banco, lanzando una angustiosa mirada al cielo, que se iba llenando de estrellas.

—Estrellas por todas partes! exclamó el anciano. Ni la nube más pequeña! ¡Ni una lágrima de agua!

Desfallecido dejó caer la cabeza sobre el pecho; permaneció algunos minutos en esta actitud y despues volvió á levantarla y á mirar al cielo, murmurando:

—Compasión para mis plantas! ¡Un poco de lluvia!...

Entonces oyó una voz que le dijo:

—Señor Babeuf, ¿quereis que os riegue el jardin?

Al mismo tiempo percibió en el seto el ruido de un animal salvaje que corre y vió salir de los matorrales una jovenzuela delgada, que se puso delante de él mirándole con descaro. Más parecia un aborto del crepúsculo que un sér humano.

Antes de que pudiese responder el asombrado anciano, que tan fácilmente se asustaba, aquel sér, cuyos movimien-

tos manifestaban cierto desenfado caprichoso, desenganchó la sogá, sumergió y sacó el cubo y llenó la regadera. Veía el buen hombre á aquella aparición, de piés descalzos y zagalejo roto, correr por las platabandas derramando la vida á su alrededor. El ruido del contacto de la regadera con las hojas y con las ramas encantaba al señor Babeuf. Creía que el rododendro ya estaría contento.

Cuando la jóven vació el primer cubo, vació el segundo, despues el tercero, y así fué regando todo el jardín.

Cuando al andar entre las calles de arbustos aparecía enteramente negro su perfil y se agitaba su destrozada pañoleta sobre sus brazos, largos y angulosos, ofrecía el aspecto de un murciélago.

Cuando terminó de regar, el señor Babeuf se aproximó á ella con lágrimas en los ojos y la puso la mano en la frente.

—Dios os bendiga! la dijo; debeis ser un ángel, ya que cuidais de las flores.

—No, respondió ella: soy el diablo; pero eso es indiferente.

El viejo exclamó, sin oír la anterior respuesta:

—¡Lástima es que mi estado miserable no me permita hacer nada por vos!...

—Algo podeis, contestó ella.

—Qué es lo que puedo?

—Decirme dónde vive el señor Mario.

El viejo no la comprendió.

—Qué señor Mario?

—Un jóven que os visitaba en otro tiempo.

El señor Babeuf, recordando entonces, contestó:

—Ah! sí... ya sé de quién hablais... El señor Mario... el baron Mario Pontmercy... pardiez! vive, ó por mejor decir, no vive ya!... vamos... no lo sé...

Al mismo tiempo que hablaba, se habia encorvado para sujetar una rama del rododendro.

—Pero sí... ya lo recuerdo. Pasa con frecuencia por el boulevard y vá hácia la Glaciere, calle de Croule-Barbe, Campo de la Alondra. Id por allí y no será difícil que le encontréis.

Cuando se enderezó el señor Babeuf no vió ya á la jóven; habia desaparecido.

Entonces tuvo miedo.

—Si no viese que habia regado el jardín, creeria que esa jóven era un espíritu.

Al acostarse, una hora despues, volvió á pensar en ella; y al dormirse, en los momentos confusos en los que el pensamiento, como el pájaro fabuloso que se convierte en pez para pasar el mar, ad-

quiere poco á poco la forma del ensueño para atravesar el sueño, se decia á sí mismo vagamente:

—Esto se parece á lo que Rubandiere cuenta de los gobelinos. ¿Si será un gobelino?

## IV.

## Aparición á Mario.

Pocos dias despues de visitar un "espíritu," al señor Babeuf, una mañana, la del dia en que Mario pedía á Courfeyrac la moneda de cinco francos para Thenardier, Mario se metió dicha moneda en el bolsillo y antes de llevársela al carcelero se fué á pasear un poco, para ver si de este modo tenia ganas de bajar á la vuelta. Siempre esperaba lo mismo. En cuanto se levantaba se ponía delante un libro y una hoja de papel para concluir alguna traduccion; tenia entre manos entonces una célebre disputa entre alemanes, la controversia de Gans y de Savigny; cogía á uno y á otro, leía cuatro líneas; trataba de escribir una y no podía; veía una estrella entre sus ojos y el papel y se levantaba de la silla, diciendo:—Voy á salir. El paseo me dará ganas de trabajar.

Y se iba al Campo de la Alondra.

Allí veía la estrella más que nunca y menos que nunca á Savigny y á Gans.

Volvia á casa, intentaba trabajar, pero no lo conseguía; no podía reanudar ni uno de los hilos rotos de su cerebro, y se decia á sí mismo:—Mañana no saldré, porque si salgo no puedo trabajar; pero salía todos los dias.

Vivia en el Campo de la Alondra más que en casa de Courfeyrac. Las señas de su domicilio en realidad debian ser éstas: Boulevard de la Salud, séptimo árbol, pasada la calle de Croule-Barbe.

La mañana á que nos referimos no se arrimó al árbol y se sentó en el parapeto del arroyo de los Gobelinos. Radiante sol penetraba por entre las hojas recién abiertas y resplandecientes.

Pensaba en "ella," y su pensamiento, convertido en reconvenccion, recaía sobre él; pensaba con sentimiento en esa parálisis del alma, en la pereza que le habia dominado y en la noche, cuya oscuridad se espesaba cada instante más ante su vista, hasta el punto de no ver ni el sol.

Sin embargo, al través del penoso desprendimiento de ideas indistintas, que no era un monólogo, porque tanto

se debilitaba en él la actividad que carecía hasta de fuerza para querer consolarse, al través de su absorcion melancólica sentía las sensaciones exteriores.

Oía detrás y debajo de él, en ambas orillas del arroyo, golpear la ropa á las lavanderas de los Gobelinos, y por encima de la cabeza á los pájaros, que cantaban en los olmos. A una parte el rumor de la libertad, del descuido feliz, del placer que tiene alas; á otra parte el rumor del trabajo. Los dos ruidos le parecían alegres; esto le hacia pensar profundamente y casi reflexionar.

De pronto oyó en su éxtasis una voz conocida que exclamaba:

—Calla! Ahí está!

Levantó la vista y se encontró con la infeliz criatura que entró en su cuarto una mañana, con la hija mayor de Thenardier, con Eponina, cuyo nombre conocía desde la escena de la emboscada de la casucha Gorbeau. Le pareció más miserable y más bella, dos cosas casi imposibles; habia realizado el doble progreso hácia la luz y hácia la desgracia. Iba descalza y haraposa, como el dia que la vió en su cuarto, pero sus harapos tenian dos meses más, los agujeros eran más grandes. Conservaba la misma voz ronca, la misma frente atezada, la misma libertad en la mirada extraviada y vacilante, y además llevaba impreso en la fisonomía ese no sé qué asombroso y lastimero que añade la prision á la miseria.

Retenia restos de paja y de heno en los cabellos, no como Ofelia por haber enloquecido con el contacto de la locura de Hamlet, sino por haber dormido en algun pajar.

Sin embargo, no estaba fea.

Se paró ante Mario, manifestando su alegría con la semisonrisa del lívido rostro. Quedóse algunos instantes como sin poder hablar.

—Al fin os encontré, dijo. Tenia razon el señor Babeuf al dirigirme aquí. Cuánto os he buscado! Si lo supiéseis! Estuve en la cárcel quince dias, pero me soltaron viendo que nada resultaba contra mí y que aun no tenia la edad del discernimiento; me faltaban dos meses. Os estoy buscando hace seis semanas. Ya no vivís allá?

—No, contestó Mario.

—Ya lo comprendo; por lo que sucedió. Esos lances son muy desagradables. Os habeis mudado? ¿Cómo llevais ese sombrero tan viejo? Un jóven como vos debe gastar un buen traje. ¿No sabeis

que el señor Babeuf os llama el baron Mario de no sé qué?... ¿Verdad que no sois baron? Los barones son viejos; van al Luxemburgo, delante del palacio, al sitio de más sol, á leer la *Quotidienne*. Un dia fui yo á llevar una carta á uno de esos barones. Tenia más de cien años. Decidme: dónde vivís ahora?

Mario no la contestó.

—Ah! continuó ella; teneis un agujero en la camisa. Tendré que coserlo.

Luego añadió con tristeza:

—Parece que no os alegra el verme.

Mario callaba; ella guardó silencio unos instantes y despues repuso:

—Sin embargo, si yo quisiera os obligaria á estar contento.

—Qué quereis decir? la preguntó Mario.

—Antes me hablábais de tú!

—Pues bien; qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio, dudando, como si vacilase al decir lo que queria; por fin se decidió á hablar.

—Tanto peor, pero me parece que estais triste y quiero veros contento. Si me prometeis reiros os lo digo... Bien... Así me gusta. Recordad que me habeis prometido darme lo que yo quiera.

—Sí, pero habla.

Eponina, mirando fijamente á Mario, le dijo:

—Sé las señas!

Mario palideció. Toda su sangre afluyó al corazon.

—Qué señas?

—Las que me mandásteis que averiguase.

—Ah! sí.

—Las de la señorita, añadió Eponina, haciendo un esfuerzo y suspirando.

Mario saltó del parapeto y la cogió de la mano con violencia.

—Pues bien, le contestó; dímelas, llévame allí y pídemelo todo lo que quieras. Dónde es?

—Venid conmigo, respondió Eponina. No sé bien la calle ni el número, pero conozco la casa; es al otro extremo. Os la enseñaré.

La jóven retiró entonces la mano, que Mario aun tenia asida, y dijo con acento capaz de lacerar el corazon de cualquier observador, pero que no llamó la atencion del conmovido enamorado:

—Ahora sí que estais contento!...

Pasó una nube por la frente de Mario:

—Júrame una cosa! dijo, cogiendo á Eponina por el brazo.

—Que os jure una cosa? ¿Qué quiere decir eso? Quereis que jure?

Se echó á reir.